

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 14 NOVIEMBRE 1896. NÚM. 46

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número sueto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

DECLARACIÓN IMPORTANTÍSIMA

Por fin habló *La Justicia*, y dijo:

PARA "EL MOTÍN,"

«En los momentos mismos en que llevados de su amor á la patria y á la República únense como hermanos aquellos que algún día malversaron en fraticidas luchas preciosas energías; cuando en aras de aquello que á todos es común, pliéganse las banderas, depónense los odios, bórranse los particularismos y abdicanse las jefaturas; en la ocasión solemne en que España demanda á todos un esfuerzo supremo y un generoso olvido de toda instigación pasional, un hombre como Nakens, un republicano ferviente, un paladín constante de la fusión de todos los partidos que defienden la causa del pueblo, dirige una pregunta al señor Salmerón, de indudable importancia, pero de muy dudosa oportunidad.

¿Qué piensa el Sr. Salmerón de la pena de muerte? ¿Qué criterio es el suyo en la represión de ciertos crímenes de lesa patria? Y como si la fusión que quien interroga, desea hubiera de excluir opiniones y juicios parciales, como si hubiera de expulsar de su seno hoy á los que confiesan en esta comunión, mañana á quienes aceptan tales procedimientos, más tarde á quienes tienen una opinión determinada en un punto concreto, sigue la contestación á la pregunta, y se procura señalar la contradicción aparente de la conducta de un hombre con la afirmación que precipitadamente se induce de los hechos en que se manifiesta la conciencia y el voto popular.

El Sr. Salmerón no contesta, no puede contestar en estos momentos á esas preguntas.

Cuando el imperativo del deber exige afirmaciones generales, cuando es preciso evocar simpatías y borrar diferencias, cuando la evolución de las ideas impone á sus servidores el ser nada menos que circunspectos, no es lícito procurar demostrar que no todos los hombres son en orden al pensamiento idénticos. Precisamente porque no lo son, porque cada uno lleva á la obra común su propia y peculiar personalidad, porque representa una aspiración, porque aporta un dato en la solución del problema político, es por lo que la labor de todos puede ser fecunda. Un cerebro que mande y cien entes pasivos que obedezcan. Tal es la aspiración monárquica.

El pueblo, la humanidad entera pensando, queriendo, concertándose en una obra racional, superior, humana, tal es la aspiración de la república. ¡Obra funesta y labor bien triste la de aquél que deliberadamente la entorpece!

No sabía Epicteto la opinión de Crisipo, pero estudiaba la verdad. Con ser para nosotros tan excelsa la personalidad del Sr. Salmerón, creer ser tanto su criterio y tan respetable su juicio, ni hemos de convertirlo en definición dogmática ni menos osar combatirle sin pruebas. ¿Desea el Sr. Nakens conocer cuál ha sido en el punto concreto de la pena de muerte la opinión de las masas republicanas?

Nosotros exponemos lealmente cuál ha sido y cuál entendemos que sigue siendo. Pero en esta ocasión creemos que no es lícito preguntar á un republicano cuál es su modo de ver particular, sino si está resuelto á unirse á los defensores de la República y si está decidido á derramar su sangre por ella.

Unánime, resuelta ha sido siempre la opinión republicana en reprobar la pena de muerte. Jamás el

hombre usurpar puede su función á la naturaleza. Por ser irreparable, por negar y suprimir lo que la naturaleza mantiene y afirma, por exceder la pena de la esfera en que puede y debe moverse el juez, han pedido siempre los republicanos su supresión.

Pero la sociedad, como el hombre, tiene el legítimo derecho de defensa, y hay momentos supremos en que matar á un hombre es salvar á cien mil; en que perdonarle la vida es condenar á la sociedad á disolución cierta. Y en estos casos excepcionales y gravísimos ¿quién duda en que es un bien lo que en principio y sin consideración en las circunstancias es un mal? Las ideas no son algo cerrado que no deba vivirse. Han de encarnar en la realidad; el verbo ha de hacerse carne. Para el hombre no es obligado realizar todo lo pensado, sino todo el ideal posible. Si el hombre causa el mal, basta á la racionalidad de su obra no haber podido realizar el mayor bien.

Si es legítimo para la sociedad y para el hombre el sagrado derecho de defensa, siempre que sea necesario, racional y justificado. El Código de los hombres no es ¿quién lo duda? el de la naturaleza, pero debe, y con esto basta, inspirarse en él.

El Sr. Salmerón, que ha dicho claramente que llegado el advenimiento de la República debiera declararse guerra de exterminio á los promovedores de la Guerra Civil, no puede ser sospechoso de debilidad. Con la frente en el ideal y los pies en la tierra, jamás querrá ser santo. Se contenta con ser hombre.

Y esto dicho, créanos nuestro amigo Sr. Nakens. Dejémoslos de miras exclusivas de parciales propósitos. En la casa del pueblo que proyectan alzar los republicanos todos, deben quedar á la puerta las pasiones, como á la del Olimpo las Horas. Sobre su frontispicio deben aparecer dos inscripciones que todo republicano sabrá leer sin verlas escritas. Una es: *pro virtute ad veritatem*. La segunda será seguramente: *No pretendas realizar tu obra propia; contribuye á que pueda realizarse la de la humanidad.*

Con gran injusticia juzga *La Justicia* lo que he hecho, y me sería muy fácil rebatir todas sus opiniones, sus afirmaciones todas. No lo haré, por que, conseguido lo que me proponía, saber que el Sr. Salmerón no volverá á comprometer la existencia de la República por no aplicar la pena de muerte cuando el Código militar la imponga, el orgullo que siento por haber arrancado esa importantísima y necesaria declaración, me hace tener en muy poco el triunfo que indudablemente alcanzaría como polemista.

Una sola cosa me duele, y no por mí, si no por el Sr. Salmerón: el que no haya usado esta vez conmigo la cortesía que empleó al contestar á la carta que le dirigí, proponiéndole que fueran los individuos de la agonizante Unión republicana á sellar su pacto ante la tumba del Sr. Ruiz Zorrilla. Me contestó sin perder tiempo, y yo entendí que lo hacía por cortesía, antes que por deseo vehemente de oponerse á la manifestación aquella. De aquí el que ahora supusiera equivocadamente que debía esperar de su cortesía una respuesta.

Mas dejando pequeñeces á un lado, conste que creo haber prestado un servicio á la República arrancando al Sr. Salmerón una respuesta afirmativa en cuanto á que aplicará la pena de muerte en el ejército; y digo que se la he arrancado al Sr. Salmerón, aun cuando él no se haya dignado dárme la personalmente, porque, dada la importancia del asunto, *La Justicia* no se hubiera atrevido á tocarlo en la forma que lo ha hecho, sin contar previamente con la persona á quien la pregunta iba dirigida.

Ya lo saben, pues, los militares:

«El Sr. Salmerón no volverá á detenerse ante escrúpulos de conciencia ni de escuela cuando de la disciplina del ejército se trate.»

Felicito de todas veras al Sr. Salmerón, y á la República, y á la patria.

JOSÉ NAKENS.

Á DISOLVERSE TOCAN

Cansados el director y el propietario de *El País* de ver que la Junta Central de Unión republicana no respondía al objeto para que se creó, presentaron sus dimisiones del cargo de representantes, y anunciaron que la Junta había fracasado, que estaba muerta.

El Sr. Esquerdo, jefe del partido progresista, envió persona de su confianza á la redacción de *La Justicia*, á declarar que había visto con sorpresa el artículo de *El País* y que él no lo había autorizado.

Tal declaración, hecha espontáneamente, pues no se le había pedido, hizo entender á *La Justicia* lo que hubiera entendido cualquiera, esto es, que el jefe desautorizaba al periódico, y así lo estampó en sus columnas.

Al verlo el Sr. Esquerdo, envió la misma persona á la redacción de *El País* para que negase lo de la desautorización, manteniendo las demás afirmaciones. Hízolo constar así *El País*, y se ratificó en cuanto había dicho.

Reunióse el martes la Junta Central, y el Sr. Esquerdo y los demás progresistas declararon que *El País* no era órgano oficial de su partido, y que ellos deseaban que continuase la Junta.

Hasta aquí los hechos.

Y ahora nos encontramos con lo siguiente: *El País* sosteniendo que la Junta ha muerto, y el jefe del progresismo y los que le siguen afirmando su existencia. Y cabe preguntar: ¿Quién está en lo cierto?—Para mí, *El País*.

No entraré, porque ni me incumbe, ni tengo datos suficientes, en juzgar si ha debido ó no ha debido hacer lo que ha hecho. Cuestión es esta que allá dilucidarán los progresistas entre sí. En lo que sí quiero y debo entrar, y entro por lo tanto, es en la situación extraña que con lo ocurrido se ha creado.

Niéguelo el Sr. Esquerdo, desmientalo *El País*, el hecho claro, cierto, indudable, es que el periódico está desautorizado por el jefe del partido en que milita; y que, ó se somete uno de los dos, ó uno de los dos sucumbe.

Y que yo quisiera que fuese *El País* el que triunfase, no tengo para qué decirlo. Sin meterme á juzgar al Sr. Esquerdo como político, hay una razón para que yo desee que en esta lucha quede derrotado: *que es jefe*.

Y aquí voy á confesar una debilidad; (todos los grandes hombres (?) tenemos alguna); y es, que aun deseando que *El País* triunfe, siento cierto regocijo malévolo al ver lo que le ocurre.

Si al morir el Sr. Ruiz Zorrilla hubiese dicho *El País* una cosa parecida á ésta:

«He venido defendiendo, sin auxilio de nadie, al partido progresista, por respeto hacia el grande hombre que acabamos de perder. Pero hoy, convencido de que las denominaciones dividen en vez de unir, levanto la bandera de la fusión, tanto más cuanto que, sin ofender á nadie ni menos negar méritos á ninguno, creo honradamente que no tenemos los progresistas un hombre que merezca reemplazar al que hemos perdido.»

Si esto dice, y lo hace, hoy no se vería, como se ve, desautorizado y discutido por los mismos que habrían pasado á la historia, como tales progresistas, sin su tenacidad en defenderlos. Mas ¡ay! que en vez de esto se empeñó en elevar una personalidad, en sacar á flote eminentes desconocidos, en adjudicar petacas simbólicas, y el resultado ha sido el que no podía por menos de ser: que tiene un jefe, que éste lo desautoriza, y que, si quiere representar algo en adelante dentro del republicanismo, tiene que recobrar la independen-

cía que pudo y debió recobrar á la muerte del Sr. Zorrilla.

¿Lo hace así? Pues todavía podrá influir poderosamente en la marcha de los sucesos. ¿No lo hace? Pues que se resigne á sufrir contrariedades, á verse mal juzgado, á que le lleguen disgustos á centenares: los mismos que estén conformes con su campaña, se apartarán de su lado.

El escultor que hace un ídolo, se expone á ser arrastrado por los fanáticos como se atreva á dudar siquiera de que pueda hacer milagros. *El País* se empeñó en hacer un jefe, lo consiguió, y hoy sufre las consecuencias de su imprevisión. Pocas veces ha podido aplicarse con más justicia aquello de: «quien tal hizo, que tal pague.» Y pocas veces también he bendecido con más gusto esta hermosa independencia mía, que si me priva de cargos en Comités inútiles y Juntas inservibles, me permite en cambio decir la verdad á amigos antiguos como el doctor Esquerdo, á colegas queridos como *El País*.

SIEMPRE LO MISMO

Pues como íbamos diciendo, resulta que yo, y conmigo cuantos defienden la fusión, lo hacemos con las más perversas intenciones. La Circular que los federales de la Unión han dirigido á sus correligionarios, así lo reza. Se dice en ella:

«Republicanos de diverso abolengo y poco arraigados principios trabajan, á su decir, por la disolución de los actuales partidos, para luego confundirlos en un confuso y exclusivo organismo, sin más bandera que la reinstauración de la República. Sin huestes que les obedezcan, por más que protesten y encubran sus ambiciosas miras con manifestaciones altruísticas, no persiguen mas fin que hacerse á todo evento con fuerzas de que, por su inconstante conducta, jamás pudieron disponer. Frente á esos insanos manejos, forzoso es que afirmemos más si aún cabe, nuestra vigorosa personalidad como partido.»

Es verdad todo eso, al menos por lo que á mí respecta.

Mis principios están poco arraigados, pareciéndome en esto á cuantos defendieron el pacto mientras lo defendió el Sr. Pi, y lo olvidaron cuanto él lo arrinconó.

No tengo hoy por hoy más bandera que la reinstauración de la República. ¿Qué República? Cualquiera. ¿Por qué procedimiento? Por el revolucionario. Si no puede ser la República punto de llegada, que lo sea de partida. Esto patentiza mi modestia. Acaben los poderes inamovibles é irresponsables, y de lo demás me cuido poco. Unitarismo, federación... Palabras sin sentido real mientras la monarquía pese sobre nosotros.

¿Se quiere saber ahora cuál sería en estos instantes la República de mi preferencia? Una tan enérgica como honrada, tan moral como reformista, que pasados los inevitables y convenientes transtornos de los primeros días, no consintiera que nadie, y y menos llamándose republicano, la perturbara sin llevar en el acto su merecido. Si la República fuese unitaria, castigaría con mano durísima al que en nombre del federalismo le crease dificultades; y si fuese federal, al que lo hiciese en nombre del unitarismo. Si alguna tolerancia... relativa, tuviera (que lo dudo), sería con el que se sublevase habiéndolo hecho durante la restauración; pero ¿haber permanecido en actitud pacífica con la monarquía y alzarse en armas contra la República? Ni de Dios le vendría el remedio al que lo hiciese.

¿Leyes radicales, reformas? Cuantas quisieran. Pero perturbaciones á diario como el 73... mascaradas de gorro frigio... cantoncitos... petición de cabezas en cada *meeting*... batallones con musiquitas por las calles para no hacer nada el día que á un Pavía se le antojase disolver el Congreso... ¡Bah! Esto no ocurriría en la República de mi preferencia, á pesar de rendir yo escaso culto á los principios.

Y explanado este punto, vamos á otro.

¿Con que los defensores de la fusión, «llevados de ambiciosas miras, no perseguimos más fin que hacernos á todo evento con fuerzas de que, por nuestra inconstante conducta, jamás pudimos disponer?» No había caído en ello; pero confieso que quisiera disponer de muchas fuerzas, no para envanecerme de que las tenía, si no para ver si intentaba lo que no han intentado en veintidos años los partidos que se alaban de tenerlas. Los federales, según ellos, son los más, los mejores, el pueblo les sigue, y sin embargo, ¡la restauración vive todavía! Prefiero no haber contado con fuerzas nunca, para que no se me pueda hacer ese terrible cargo.

¿Qué desdicha la nuestra! ¡Siempre lo mismo! ¡Hablando de principios que nos impiden llegar al fin, de fuerzas que nunca utilizamos, de panaceas infalibles, mientras España, nuestra madre, se desangra y aniquila! Ni aun suicidarnos (que al suicidio vamos por este camino), sabemos dignamente: pereceremos asfixiados en la cloaca; no de un tiro en el cráneo.

¿MUERTA, Ó VIVA?

Unos sostienen que la Junta Central de la Unión republicana está viva, y otros que muerta; es decir, que ese organismo se halla medio muerto, medio vivo, como el célebre bollero de la calle del Olivo.

¿Quién tiene razón? Todos y ninguno.

Si la vida de un organismo revolucionario consiste en no hacer nada, viva está la Junta; pero si es actividad, acción, está muerta.

Dentro de la Junta hay quien cree que se debe marchar adelante, y quien opina que no se puede marchar. Cada tendencia culpa á la otra; los hombres de un lado dicen pestes de los del otro; amenazan á diario con echar los trastos á rodar, y, no obstante, cuando alguien dice: «la Unión ha fracasado, la Unión ha muerto», se unen todos para gritar: «¡la Unión vive! la Unión debe continuar!»

Anomalía mayor jamás se ha visto, como no sea entre los matrimonios que se odian y se apalean, pero que se unen para injuriar al que se interesa por el cónyuge zurrado.

Ahora se han unido todos los de la Junta para censurar á *El País*, por haberla dado por muerta; por decir á voces lo que los demás dicen en tono bajo; por haber sacado la cuestión de los dominios del chisme y el cabildeo para traerla á los de la publicidad y la discusión.

Comprendería que lo censurasen y hasta que se indignaran, si creyeran efectivamente lo contrario de lo que *El País* afirma. ¡Pero si no es así! ¡Si están convencidos de que tiene razón!

El que lo haya hecho dirigiéndose al público, y no á la Asamblea mixta, es un tiquismiquis de detalle que en nada afecta á la cuestión principal. Nunca hemos de curarnos de formalismos y etiquetas.

¿Es ó no cierto lo que dice? ¿Tiene razón, ó no la tiene? Esto es lo único que interesa. Dar por muerta la Junta en el seno de la Asamblea ó en la plaza pública ¿qué más da, si lo está efectivamente?

Admiro toda clase de abnegaciones, y en tal sentido no he de escatimar mi aplauso á los señores de la Junta Central, por la abnegación que demuestran aparentando creer que la Unión vive. Lo que no veo es el objeto con que lo hacen.

Me explico la leyenda que pone al Cid á caballo después de muerto para ganar una batalla más á los moros; pero no el empeño en que parezca viva una Junta que ha muerto virgen en lo de dar batallas, y que está realmente muerta hace unos meses.

HERMANOS, NO ENEMIGOS

Leí há tiempo en un periódico militar:

«En los momentos supremos y difíciles para la patria, donde quiera que hay alguna noble causa que servir, algún interés sagrado que defender, allí está el ejército sacrificándose, exponiendo siempre su vida en aras de lo que cree beneficioso para el país. No hay ningún gran movimiento de opinión á que no haya prestado su brazo el ejército. Alguien ha dicho que el carro del progreso camina á golpes de hombro que le dan las generaciones. En España el hombro que hace andar á ese carro es siempre el hombro del ejército.»

Los enemigos de las instituciones militares echanle en cara sus pronunciamientos: ni uno solo de éstos lo ha hecho el ejército para sí; ni una sola vez se ha sublevado por bastardos intereses ni por su propia conveniencia; por el contrario, cada una de las sublevaciones ha representado para él la pérdida de un privilegio, la anulación de un derecho adquirido ó de una preeminencia lograda. Por eso puede alzar la frente cuando los mismos que se aprovechan de sus nobles impulsos tratan de ofenderle y rebajarle. Nada ha hecho para sí; todo lo ha hecho por la opinión y por la patria, y siempre ha sido su salvador.

Lo que la ceguera de los políticos ha perdido, lo ha salvado él á costa de su fama y de su sangre. Desde principios del siglo viene ocurriendo lo mismo con una frecuencia lamentable: los políticos torpes ponen á España al borde del abismo; la fuerte mano del ejército la sostiene cuando va á despeñarse en él. A partir del 2 de Mayo de 1808, tal aparecen periódicamente los políticos y el ejército.»

Verdad, muy verdad es todo eso, como ya he dicho varias veces. Sin el ejército, España sería la nación más atrasada de Europa.

A él le debemos la libertad, disputada tantas veces y con tanta tenacidad por la reacción; sin el mar de sangre que ha derramado para impedir el triunfo del carlismo, éste se habría apoderado del gobierno; sin los millares de víctimas ilustres que ha colocado como jalones en el glorioso camino de las libertades públicas, éstas no existirían.

¿Que si ha traído la libertad también se la ha llevado? ¡Mentira! Cuando ha arriado su bandera, ha sido siempre para impedir que la enlodasen aquellos en cuyas manos la puso; cuando los hombres civiles, que no hubieran sido nada sin su auxilio, la habían abandonado de antemano.

Desconocer lo que al ejército debemos y hacer propaganda en contra suya, es la más monstruosa de las ingratitudes; algo así como el hijo que abofeteara á su padre. Es preciso olvidarse por completo de la historia patria en lo que va de siglo para atreverse á atacar al ejército.

Desde Lacy y Porlier hasta Mangado y Villacampa, la sangre del ejército ha fecundizado el árbol de la libertad. Suprimida esa serie de ilustres víctimas, el árbol se habría secado.

Los que tratan de mantener antagonismos injustificados, hacen dos entidades distintas del pueblo y el ejército, cuando realmente no es más que una. ¿De dónde sale el ejército sino del pueblo, y adónde vuelve el soldado cuando deja el uniforme?

Dada la situación de Europa y los enemigos que en España rodean á la libertad, debemos tener un ejército fuerte, respetado y bien retribuido, que garantice nuestra independencia y nos permita dedicarnos tranquilamente á la labor económica, más que política, que hay que emprender el día que venga la República, si estamos de veras interesados en la salvación de esta patria desventurada.

¡UNIÓN CONTRA LA BOINA!

Querido Pepe: Veo que estás haciendo una campaña contra los carlistas, y ¡vive Dios! que haces bien y que me alegro de que alguna vez podamos estar de acuerdo en política.

Parece mentira, pero yo, alfonsino de veras, y tú, republicano de verdad, estamos de acuerdo en esto.

Poco importa, aunque vale mucho, que los lectores de *La Epoca*, en la que yo, como tú sabes, colaboro, se escandalicen al ver mi firma en tu periódico.

Mi vieja amiga, como diría Blasco reimpor-

tado, que comenzó traduciéndose del francés al español y acabó traduciéndose al español con su comedia *Juan León*, que parecía escrita por Alejandro Dumas, mi vieja amiga me perdonará esta calaverada; escapade diría Blasco. Gruñona y todo como es, á fuer de vieja, tiene buen corazón.

Dejémonos de Blasco y vamos á lo que te quiero contar, *pro domo tua*, ó mejor dicho, para nuestra casa, porque, francamente, tú me confesarás que en punto á odiar á los carlistas estamos á la misma altura, *sin perjuicio de banderillear* los toros que nos correspondan, es decir, sin perjuicio de que haga más de veinticinco años que tú y yo nos estamos banderilleando en el terreno de la política.

Esto del terreno, por una ó por otra parte, bien podría llamarse estercolero.

Vamos al caso. ¿Tú sabes quien fué el marqués de Segarra? Pues, mira que si no lo sabes, haces mal.

El señor marqués de Segarra era un cabo ó sargento de la Guardia civil, que al comenzar la guerra de ídem se pasó *valerosamente* al enemigo, es decir, no se pasó á nada más que á formar una partida de bandoleros tal, que hasta los carlistas acabaron por perseguirle y que persiguió Lizárraga, que le hubiera fusilado si le atrapa. ¡Tal era el señor marqués!

Pasó la frontera *huyendo de los carlistas* sus correligionarios, y con el dinero que había ganado, teñido en sangre, como diría otro escritor más cursi que yo, se fué á París, donde Carlos de Borbón y Este se le incorporó, es decir, que corrieron juntos *le guilledou*, como Blasco diría, ó la *apandiga*, como dicen los portugueses, ó la *juerga*, como decimos los españoles algo chulos.

Naturalmente que el dinero de D. Carlos no era el que se gastaba, sino el de otros á quien Segarra había robado ó fusilado; y hay por las provincias catalanas quien no me dejará mentir.

Resultó el hombre, digo el marqués, casado por los jesuitas A. M. D. G. con una señora chilena, muy rica aunque algo coja.

Su Santidad le hizo Marqués, y eso no tiene nada de particular, porque todos sabemos que eso en el Vaticano es coser y cantar.

Lo que es algo extraño, si es que en España nos podemos extrañar de algo, es que el gobierno del Sr. Sagasta le permitiera venir á España reconociéndole el título de Marqués, ¡á él!, desertor de la guardia civil al frente del enemigo y asesino calificado como uno de nuestros primeros bandoleros carlistas.

No sé si ha muerto, ó si, como creo haber leído, se ha metido á fraile. Lo mismo da: si ha sucedido lo segundo tendremos que decir aquello de que, «quien mal anda mal acaba».

Y si ha muerto, y me tachan de profanador de los sepulcros, permítame que diga con Julio Vallés, un escritor francés no tan fecundo como Doña Emilia Pardo Bazán:

La muerte no es una disculpa.

EL OTRO.

CUADROS DE INVIERNO

Cada vez que veo por esas calles un mozo robusto que lleva sin avergonzarse el sayal del fraile, me pregunto: «¿En qué rincón de la isla de Cuba yacerán los restos del infeliz que fué al servicio por carecer de mil quinientas pesetas, mientras ese se libraba?»

Quando en estas mañanas de invierno tropiezo con un montón de muebles que reclaman una cerilla por lo deteriorados, pero que constituyen toda la propiedad de una mujer que llora y de unos niños que tiritan á su alrededor, muebles y seres humanos que han sido arrojados á la calle por un auto de deshaucho, pienso en los centenares de confortables conventos levantados en la capital de España, y reniego de la caridad que da al fuerte lo

que niega al desvalido, y á la holganza lo que corresponde al trabajo.

Al leer un anuncio de venta de fincas embargadas por débitos de contribución, se me representa el cuadro del campo yermo, la casa deshabitada, los aperos de labranza arrinconados, los brazos de los hombres cruzados sobre el pecho, las lágrimas de las mujeres helándose al resbalar por las mejillas, las manecitas de los niños amoratadas, sus piecitos sangrando y sus bocas pidiendo pan, mientras de allá, de aquellos edificios soberbios que no pagan contribución, salen vapores que denuncian manjares suculentos, bebidas espirituosas y fuego reparador, todo destinado á hombres sanos que á nada útil se dedican.

Siempre que pasa por mi lado uno de esos ángeles de la caridad con toca, ya á pie, ya en coche, bien nutrida, bien alimentada, acude á mi memoria el recuerdo de tantas madres helándose por esas boardillas, desesperadas al ver que sus hijos lloran desconsolados porque no logran extraer del pecho una gota de vida, sin fuego en su hogar ni siquiera pan duro que roer, medio descalzas, medio desnudas, y teniendo que romper el hielo en la vasija donde conservan el agua para saciar la sed que les produce la calentura.

Y al ver todo esto y al pensar en todo esto, algo iracundo se levanta en mi pecho que me impide condenar con mucha dureza las faltas, los delitos y hasta los crímenes de los que tanto lloran, tanto sufren, tan desesperados viven.

LA FUGA DE UNA MONJA

Había en la Casa Misericordia de esta ciudad una hermosa monja, que juntaba á la belleza física la virtud más acendrada. Daba lástima ver cruzar las salas del asilo, consagrada á las prácticas piadosas de la comunidad, á una mujer que había nacido para brillar en el mundo.

Pronto fijaron en ella su lujuriosa mirada los lascivos sacerdotes, y más de una vez hubo de resistir sollicitaciones pecaminosas de parte de los ministros de Dios. Siempre salió victoriosa, porque su entusiasmo místico era tal, que para ella no existía más mundo que su libro de oraciones y el cuidado de los niños y de los ancianos que estaba encargada de cuidar. Firme en su fe y en su vocación decidida, al trascorrir los cinco años de sus primeros votos, los renovó por diez más, y pasados los diez los formuló perpétuos, levantando así insuperable barrera entre la ferviente monja y la sociedad profana que en su rededor bullía y se agitaba.

Su posición, sin embargo, fué haciéndose cada día más difícil. Los sacerdotes cuyos amores sacrilegos rechazó, imbuían en las otras monjas recelos y malquerencias. Las atenciones que á los seglares merecía su belleza y su agradable trato, despertaba rencores profundos. La Superiora, que es una mujer dominante y déspota, no encontró en ella la ductilidad necesaria para planes que no podemos estampar aquí, y monjas y Superiora declaráronle una guerra feroz, implacable, que no hubiera podido resistir hombre valeroso y decidido, mucho menos mujer débil y apocada.

Sor Teresa, que así llama la monja en cuestión, se cansó de luchar, y así como antes cifraba su felicidad en pertenecer á la orden, cobró odio á ésta y pensó en huir lejos de aquellas mujeres que, llamándose sus hermanas y con la palabra de Dios en los labios, la martirizaban todos los minutos, todos los instantes.

Sor Teresa era dispensera, y utilizando la llave de la puerta por donde entraban los comestibles en la Casa Misericordia, huyó de aquel infierno en que vivía. La fuga no sorprendió á nadie porque es un hecho muy frecuente, y el cardenal y los curas todos, con esa afición que tienen al misterio y á las sombras, aconsejaron el silencio.

La casualidad ha hecho que de la fuga se enterasen los profanos; la Superiora ha contribuido á descubrirla con propósitos que nada le honran y Valencia se ha escandalizado. No hay para que asustarse. Esas fugas, repetimos, son muy frecuentes. En el Hospital provincial, en un día se fugaron tres. Las monjas honradas no pueden resistir los asedios de

los curas. Los institutos religiosos son asociaciones donde pierden la fe los que la tienen y no se adquiere en ellos más que vicios y malas pasiones.

Padres, tomad ejemplo de lo que sucedió á Sor Teresa y á otras muchas que tuvieron que huir antes que ella. Si queréis á vuestras hijas, nunca consintáis que ciñan su rostro las tocas blancas de las hermanas.

En cuanto á Sor Teresa, aplaudimos su conducta, y si la Iglesia no le dispensa sus votos, cosa fácil de conseguir teniendo dinero, cerca está Marsella ú Orán donde puede contraer matrimonio legítimo, ya que la absurda ley española comete la atrocidad de dar efectos civiles á promesas hechas á Dios.

Con el escándalo producido por la fuga de esta monja ha padecido mucho el prestigio de la religión.

La Superiora de la Casa Misericordia ha procedido como una librepensadora.

(La Antorcha Valentina).

LOS JESUITAS PINTADOS POR EL P. MIR

«Yo no diré que ellos, los jesuitas, no sean buenos; allá lo sabrá Dios; pero sí digo que en metiéndose en casas ajenas llevan allá cincuenta mil disgustos y desazones. Así, pues, mis señoras monjitas, escarmentad en cabeza ajena y en la propia; cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Las mismas razones y motivos que impulsan á los jesuitas á meterse en cosas de monjas, los mueve á tratar con gentes de alto coturno, señoras, por supuesto, pues que con los barbones no se atreven. Quien oyere hablar á algunos de ellos de condesas y marquesas, creería sin duda, que éstas andan de continuo alrededor de los Padres, despetitándose por ellos y no haciendo nada que no se diga colado por su consejo y dirección; mas á poco que examine uno las cosas de cerca, verá que en todo ello hay mucho de fantasmagoría y bambolla. Aunque digan otro por ahí, poca es la gente principal que trata con los jesuitas, y de ésta, no pequeña parte acude á ellos no tanto por el bien espiritual, cuanto para todo lo contrario, para ampararse á su sombra, para autorizar y canonizar sus vicios y dar tinte religioso (que á veces es de moda) á la disipación y vanidad de su vida.

Es notoria la mezcla que hacen ciertas gentes de sagrado y de profano, de espíritu y de carne. Van á misa y á la novena, pero no dejan el baile ni el teatro; visten su hábito del Carmen ó de los Dolores, pero no abandonan sus escotes y frescuras; tienen mucha devoción á la Virgen y al Corazón de Jesús, pero no rinden menos culto á su palmito, á los monjes, al lujo, al juego y á todo lo al. ¿Cómo se arreglan para ello? Ellas pasarán sus luchas allá en sus conciencias, pero por una parte los Padres jesuitas han tenido siempre la fama de ser de manga ancha, y por otra parte no es de poco alivio y aun da no sé qué ensanche al corazón el poder decir que son amigos del P. Fulano, que el P. Zutano suele ir á su casa, que el P. Mengano ó Perengano le ha hablado de tal ó cual asunto, etc., etc. Por otra parte al Reverendo Padre se le hace la boca agua al tener un rato de conversación con la duquesa A.; toma como punto de honra y de grandeza interesarse por la salud de la marquesa B; cita, siempre que se le ofrece la ocasión, el nombre de la condesita C., creyendo con ello pasar plaza de hombre importante y de influencia en la sociedad.

¡O curas hominum! ¡O quantum est in rebus inanet! ¿Pues qué si la amistad llega á hacerse algo íntima? Es sabido que cuando flota en la atmósfera un poco de lo que llaman los italianos *Odor di femmina* (olor de hembra), es muy fácil perder la brújula y encalabrarse la chabeta, y los jesuitas no son excepción de esta regla, ya que puestos en la ocasión se rezuman que es una maravilla.

Como pasan la mayor parte del día en la ociosidad y en el aislamiento, es natural que busquen ocupación á sus inteligencias y aliento á sus afectos.

No hallando de puertas adentro las satisfacciones que necesita el corazón humano para pasar la vida lo menos mal que se pueda, las buscan fuera, abalanzándose á lo primero que encuentran, no reparando en si lo que creen que puede apagarles su apetito ha de encenderle más y hacerlos más infelices y desdichados.

De aquí el trato ó amistad con tal ó cual persona; las largas conversaciones que se tienen con ella, á veces sobre cosas buenas y espirituales, á veces fútiles é indiferentes; de aquí las confianzas indiscretas, el derramarse el corazón, etc., etc. Es sabido que por este camino pronto se va lejos: lo que empezó bien y santamente no siempre acaba como empezó; el espíritu se transforma en carne, el ángel de luz se transfigura en ángel de tinieblas.»

UN SASTRE QUE CONOCE EL PAÑO

Un cura francés, el abate Vindex, publica en el periódico *La Lanterne* correspondiente al 2 del actual, los siguientes hechos, en prueba de que la explotación de Lourdes no es más que una impostura.

Primero: Hace quince años próximamente, un fraile llevó a Lourdes, é hizo que allí comulgara, una sorda-muda de veinticinco años de edad, que no había asistido á ninguna escuela de sordo-mudos, y que por tanto no comprendía lo que hacía ni lo que le obligaban á hacer, pero que sorda-muda y todo era una de las mejores bailarinas del pueblo. El fraile se agitó lo indecible para conseguir el doble milagro, pero éste no se realizó, y la pobre muchacha sigue hoy tan sorda y tan muda como hace quince años.

Segundo: Por la misma época un condiscipulo mío, que se ordenó al mismo tiempo que yo, fué *zurrrado* de lo lindo, por dos robustos mozos, al retirarse á media noche de una casa á donde, según las malas lenguas, no había ido á rezar si no á cosa muy distinta. Con los riñones medio tronchados metióse en la cama. Organizóse entre tanto una peregrinación en la diócesis, y se encaminó á Lourdes con la firme esperanza de curarse.

Mas como en este caso el mal era una verdad, con él volvió de Lourdes, y quince días más tarde murió en lo mejor de su edad. Milagro al revés.

Tercero: Hace tres años, vino á buscarme una mujer y me dijo textualmente:

—Señor cura, sé que es usted un hombre franco y por eso vengo á pedirle consejo: soy sorda; el cura de mi lugar ha querido que fuera á Lourdes pagándome el viaje y ahora quiere que diga que estoy curada, pero yo estoy tan sorda que antes de ir allá. ¿Qué debo hacer?

Haciendo con ambas manos una trompetilla y acercándome á su oído, le contesté:

—Ese cura es un charlatán y el deber de usted es decir que no está curada.

El presbítero denunciador añade que podría citar otros hechos, para deducir la siguiente conclusión, bajo la cual aparece su firma:

«Lourdes es una gran feria, la feria de los milagros, y nada más».

Péro hay que convenir en que fuera de la feria de Lourdes, también se encuentran milagros y de mejor cuño, y más auténticos que los que cita el abate.

El que patentiza mostrando que la verdad puede lucir alguna vez á través de los pliegues negros de una sotana.

COMEDIA JUDICIAL

Merece conocerse por lo cómico un suceso que se nos refiere.

En un pueblo, cuyo nombre no hace al caso, un padre de almas, cuyo nombre omitiremos por caridad, llevó á los tribunales á un feligrés para que le pagase lo que allí llaman cumplimiento de los difuntos (derecho parroquial) por la esposa ya difunta—naturalmente—del demandado.

Al contestar á la demanda, el feligrés manifestó que reconocía la deuda y estaba pronto á pagar, pero no lo verificaría interin el obispo de Cádiz, señor Calvo y Valero, no haya cumplido los legados de los señores Igareda.

Replicó el sacerdote demandante, que él no tenía nada absolutamente que ver con ese asunto.

—Si tiene usted que ver, replicó el demandado, porque no puede haber en España dos leyes, una para ustedes y otra para los demás.

El cura de almas, con *evangélica mansedumbre*, replicó que pedía la prisión del demandado, y el juez se mostró dispuesto á prender al feligrés; pero sin duda recapacitó ó el secretario le hizo alguna indicación y terminó por ponerlos á todos en la calle sin providenciar sobre la demanda.

(La Voz Montañesa).

COSILLAS

Leo en *El Ouzco*, periódico del Perú:

«El escándalo crece.

Legiones de frailes de mil denominaciones distintas pero una sola orden verdadera y con un solo fin funestísimo caen sobre el Perú, buena, magnífica presa todavía para su voracidad insaciable.

Lima no es ya si no un gran convento. Se le podría llamar la Roma de Sud América. Y esa turba multa agregada á los ejércitos de clérigos y frailes de fábrica nacional, hace un total espantoso que está ahogando á la nación, hartándose con el pan del pueblo y empujando á éste, para que no proteste, por la senda de las tinieblas y del embrutecimiento.»

Pongan España donde dice Perú, y resultará todavía más verdadera la descripción.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Un cura que da la hora y algún tiro que otro: Manuel San Román, que *misea* en Móstoles.

Dió á componer á un relojero del pueblo el reloj de la amita de su corazón, y porque tardaba en componerlo, se presentó en su casa y preguntó por él.

—Está ya terminado y voy á meterle en la caja, contestóle el artifice.

—Y dígame usted—díjole el manso ministro del Señor,—¿no ha dado nunca un tiro á un hombre?

—No, señor.

—Pues yo se lo voy á dar á usted.

Y ¡pum! le descerrajó uno que, afortunadamente para el agredido, sólo le produjo una erosión en el cuero cabelludo.

Se armó el escándalo consiguiente, y el cura fué detenido y conducido á Getafe á disposición del juez.

Desconozco las razones que el humilde sacerdote tuviera para obrar de ese modo, un poquillo violento, dicho sea sin ofenderle, pero han debido ser poderosas.

¡Quién sabe! Acaso la santa mujer que le ayuda á mantener incólume el voto de castidad, se retrasara en servirle el almuerzo por ignorar la hora que era, habría sus palabrillas entre ambos, y mi buen clérigo se dirigiera desesperado á casa del relojero perseguido, y una vez allí...

El Señor nos libre de un momento de arrebatado producido por la impaciencia que el hambre despierta, ó por el deseo de complacer á una graciosa descendiente de aquella picarilla ¡bendita sea ella!, que saboreó la manzana y se dignó darle á su compañero un pedacito mordido por aquellos sus dientes remonísimos.

Pues desde aquel dichoso día el hombre ha comedido cien barrabasadas al minuto, por pagarle á la mujer tan dulce fineza, y quien dice el hombre, dice el cura.

Una advertencia. Si las causas del tiritito al relojero fuesen otras que las supuestas por mí, borro desde la primera hasta la última letra del anterior comentario.

«Un San Antonio que es una mina, según el *Heraldo de Madrid*.

Pero una verdadera mina de oro para los que le explotan.

El santo está en Oron, departamento de los Dos Sevres, y tiene la especial virtud de procurar todas las gracias temporales y espirituales... mediante *conquibus*.

Dicha imagen tiene en la espalda nada menos que 365 agujeros, uno por cada día del año. A cada agujero corresponde un anillo. Se echa una cantidad determinada en un agujero, se tira del anillo correspondiente y ya está hecho el milagro, sobre todo para el cura, que es el que explota al santo bendito.

Parece que por diez francos se obtiene la gracia de ganar un pleito y por 100 la curación de una vaca. Los abogados y los veterinarios tienen un gran competidor en el nuevo San Antonio de Oron.

Y como todo es empezar, es de suponer que los curas de los demás pueblos seguirán el ejemplo del de Oron, y transformarán las imágenes predilectas de sus feligreses en otros tantos autómatas que distribuyan gracias y papelitos á cambio de buenas monedas contantes y sonantes. Alguno habrá tan sacrilego que le meta al santo una moneda falsa; pero es de suponer que éste sabrá castigarle en el acto haciéndole perder el pleito, morir la vaca ó mandándole en cuerpo y alma á las calderas de Pedro Botero.»

Llevaron á bautizar un niño á la iglesia de Arguedas (Navarra), hijo de un buen católico, Juan Bautista Zubieta Burgui.

Y el encargado de abrir por medio de ese sacramento las puertas del cielo (que no tiene puertas), á las almas (que no se sabe qué son), el cura, en fin, se negó á administrarle el bautismo.

¿Por qué? Porque lo apadrinaba el médico que tiene la honrada y útil costumbre de dedicar al cuidado de sus enfermos el tiempo que había de perder en la iglesia.

Se comprende que el cura no quiera al médico. Si dejase morir sus enfermos por dedicarse á rezar, se morirían muchos más, y el cura ganaría más dinero.

Por lo demás, conste que el niño ha tomado el desaire con resignación, y que no dice esta boca es mía si no cuando el cuerpo le pide teta; hermoso rasgo de prudencia que recomiendo á todos los roros que se hallen en su caso.

El rosario de la Aurora ha vuelto á salir en Valencia.

Por si en los designios de la divina Providencia entrase el que un día este religioso acto produjera algún motincejo, me permito aconsejar á las casas de Socorro de la ciudad del Turia que aumenten el depósito de árnica y tafetán inglés.

Tampoco estaría demás que tuviesen avisados á dos ó tres veterinarios, por si los devotos preferían sus servicios á los de los médicos.

La previsión es una cualidad recomendable, y el darle á cada uno lo suyo un acto de justicia.

Iba á ocuparme, como ofreci en el número anterior, de lo ocurrido en la fuga de una monja en Valencia, cuando lei lo que sobre ella dice *La Antorcha Valentina*.

Como el querido colega se publica en la localidad, y su imparcialidad es por todos alabada, me ha parecido mejor dejarle la palabra en este asunto; de ahí el artículo que en otro lugar copio bajo el título: *La fuga de una monja*.

DISPAROS

Ruda campaña han hecho los frailes en Filipinas contra el general Blanco.

¡Qué golpe daría éste embarcándoles para acá á todos, el día antes que él tuviera que hacerlo!

Pasaría á la historia por ese sólo rasgo, y dejaría á su sucesor despejado el camino para terminar la insurrección.

Atrévase, y el recibimiento que le haremos á su llegada le compensará de los disgustos que la frailería le ha dado.

En Aragón reina una miseria espantosa.

Y la virgen del Pilar, con millones en alhajas.

Encontráronse á un hombre tendido en la acera de la calle del Mesón de Paredes.

Mientras llegó el juez de guardia, los transeuntes adivinaron que estaba borracho.

Una vez examinado por el médico forense, resultó que estaba muerto, y que la causa había sido el hambre.

Lo que traslado á las almas piadosas, para que sigan enviando limosnas... á los conventos.

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CENTIMOS

Cristo en el Vaticano, (prosa y verso), por Víctor Hugo.

Los reyes con mote, por *El Motin*. Con láminas.

La ley natural, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano. Discurso del obispo Strossmayer.

Juana la Papisa, por Julio Fernández Mateo.

La mujer y la Iglesia, por id.

Mónita secreta, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

La lujuria del clero, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

La visita pastoral, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿Cuál es la religión de Jesús-Cristo? Discours pronunciado por un obrero en el círculo *La paz*, de Lieja (Bélgica), traducido por Julio Fernández Mateo.

Cartas de Tayllerand, al obispo de Clermont y al abate Maury.

Poesías místicas, por autores renombrados, recopiladas por *El Motin*.

Máximas inmorales de los jesuitas.

La mendicidad y la Iglesia, por Laurent.

Máximas pornográficas de los Jesuitas.

Cartas á Eugenia, por Frère.

O catolicismo ó democracia, por F. Laurent.

FOLLETOS NUEVOS

LAS SESENTA Y SIETE
CÉLEBRES PREGUNTAS
DE
ZAPATA

Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

CARTA

DE

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND
AL PAPA PIO VII

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.